Cristina Aurora

EL GRAN SECRETO DEL PORQUÉ AMAMOS A LOS ANIMALES

El gran secreto del porqué amamos a los animales

Cristina Aurora

Primera edición: octubre de 2026
© Copyright de la obra: Cristina Aurora
© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune
Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-992873-3-2
Código ISBN digital: 979-13-992873-4-9
Depósito legal: B 21134-2026
Corrección: Juan Carlos Martín
Maquetación: Cristina Lamata
©Grupo Editorial Angels Fortune
www.angelsfortuneditions.com
info@angelsfortune.com
Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

Capítulo 1

Hola, soy el búho, bueno… el espíritu del búho. Soy el encargado de contar esta historia para ti y de que entiendas por qué amáis tanto a los animales. Como no puedo contártelo directamente, porque pensarías que no es real, ya que soy un espíritu y no me ves, le soplo a Cristina Aurora mi sabiduría y su mano la escribe.

Antes de eso, ya estaba escrita en la memoria del universo y fue él quien me la sopló a mí. Fue deseo del gran consejo de los animales que fuera yo el encargado. Quizás porque lo mío es el conocimiento que no se ve a primera vista. Por eso vivo de noche.

Pero, primero, tienes que saber que en este planeta nada se hace al azar y nada es lo que parece. Es la magia de la energía de todo nuestro sistema solar, y quizás más allá.

Todo es soplado a todos, para que las cosas tengan orden aquí. Debajo de la apariencia de que no hay ese orden, y aunque nadie se dé cuenta de nada, todo el universo cuida ese orden. Bueno, a veces los niños sí se dan cuenta y también algunos adultos que decidieron que su corazón de niño no se durmiera.

Hay otra cosa muy importante que debes saber: si este cuento está en tus manos, te está destinado. El universo te lo ha hecho llegar de alguna manera. Da lo mismo cuál, porque siempre se las ingenia para hacernos llegar lo que es provechoso para cada uno. Y está claro que ahora es tuyo, simplemente porque aquí está, porque lo lees o te lo leen.

Evidente, ¿no? En este universo, nada queda al azar.

Por eso sé que no solo amas a los animales, sino que estás preparado para escuchar su secreto y el gran misterio de su amor y del que les tienes, si no, el cuento estaría cerrado para ti.

Ten en cuenta que nosotros, los animales, nos comunicamos mediante la telepatía y algún que otro sonido. La telepatía es la forma de comunicarse, sin mover el pico y desde cualquier distancia. Como un teléfono, pero sin teléfono ni ruido. Y es mejor que el teléfono, porque nos permite estar en contacto con todos y con todo a la vez, sin necesidad de saberlo, y hacer cualquier cosa, sin tener que recargar pilas.

Los seres humanos también lo hacen, pero, al tener otras formas de comunicación, no recuerdan la importancia de la telepatía y no se explican muchas veces por qué tienen ciertas ideas o intuiciones.

Por telepatía, los animales han sabido que tu corazón los conoce y los quieres lo suficiente como para entender. Y por eso quieren que sepas que el universo ha escuchado su deseo de que conozcas la verdad. En el consejo de los animales le explicaron que han reconocido tu corazón como el de alguien importante para ellos y para todo el planeta, y por eso el universo les ha concedido su deseo de que sepas. Y a mí me ha tocado… me han hecho su portavoz.

Pero quizás debería decirte que, a lo mejor, esto no es un cuento…

Muchas veces, las historias, antes de ser cuentos, son leyendas y, antes de eso, son experiencias vividas por los seres humanos. Como antes, no se escribía; se lo contaban de unos a otros, de padres a hijos. Con el tiempo, se olvidaba la mitad de la historia o ya no se la creían; hacía tanto de todo esto… y terminaban siendo cuentos o quedaban completamente olvidados. Pero hay historias que, con el tiempo y la telepatía, vuelven a ser sopladas por el universo para que las personas recuerden su origen, quiénes son de verdad y la magia que tiene cada ser vivo. Aunque vuestra memoria ahora aún sea débil, eso hará que, poco a poco, les sea devuelta su grandeza a todos los seres humanos.

Ya basta de ulular; siempre hablo demasiado. ¡Empecemos!

Hace bastante tiempo, en tiempo de ahora, en un lugar de nuestro planeta, había personas que vivían en la naturaleza. Tenían unas tiendas llamadas tipi. Pertenecían a tribus. No tenían fronteras ni países. Según las estaciones, viajaban a diferentes y hermosos sitios, donde establecían sus campamentos y encontraban alimentos. Viajaban y, mientras crecían como personas, descubrían cosas distintas. Al cumplir los 7 años, un niño llamado Aguilucho Inquieto, y una niña llamada Colibrí Azul, fueron llamados por el sabio de la tribu.

Cuando se encontraron juntos para acudir a la tienda del chamán, el sabio y médico de la tribu, se miraron un poco nerviosos. Sabían que habían alcanzado una edad importante para iniciarse en secretos que solo sabían los adultos, y eran felices por crecer, pero, a la vez, no sabían qué les esperaba con esa llamada. El chamán no llamaba, así como así, a los miembros de la tribu. Pasaba mucho tiempo en soledad en los bosques. Y era un gran honor que dedicara su tiempo a un miembro de la tribu, si no es que estuviera enfermo o herido.

Sus padres ya les habían advertido de que les tocaría a los 7 años, después de la fiesta que se organizaría para el principio de su caminar hacia la edad adulta, que empezaba en ese momento para ellos. A esa edad también ya se les permitía ir y venir libremente por el campamento. Y se sentían grandes; ya empezaban a practicar más en serio con el arco y tenían derecho a añadir plumas o elementos de la naturaleza a sus atrapasueños.

Antes no les era permitido; sus madres los habían hecho durante sus embarazos y solo ellas podían tocarlos. Los habían tejido como una tela de araña para atrapar cualquier pesadilla y que esas no les influenciaran en sus vidas, ya que el saber de los ancestros les había legado el conocimiento de que creamos nuestro día en los sueños de la noche anterior. Los habían decorado con amuletos encontrados mientras estaban en sus vientres, a sabiendas

de que no existe el azar; recogían los amuletos, destinados a los hijos de cada una, a medida que aparecían en sus caminos, hasta el parto, para suspender el atrapasueños terminado encima de sus respectivos capazos en el tipi, a la llegada del bebé cuando nacía.

Estaban llegando a la tienda del chamán, cuando lo vieron en el círculo que había delante con la hoguera en su centro. Había quemado salvia y olía muy bien. Estaba sentado en cuclillas delante del fuego. Y se oían bajito unos sonidos profundos que salían de él, mientras se balanceaba suavemente. Un canto sagrado. Los niños se miraron otra vez, un poco sobrecogidos e impresionados por la ceremonia que estaban presenciando. En alguna parte de su interior sabían que tenía que ver con ellos. La cercanía del chamán les hacía sentir su energía poderosa y misteriosa, cuando, con un gesto de la mano izquierda, les dijo que se acercaran y se sentaran enfrente suyo, casi sin levantar la cabeza.

—Yo saludo vuestros espíritus —les dijo, esta vez mirándolos a los ojos—. A partir de hoy nos encontraremos todos los días en este mismo ahora y cada día os enseñaré sobre los animales, pero también, más adelante, sobre plantas y piedras, si así la voluntad de la vida lo llama dentro de alguno de vosotros.

»Vuestros nombres os han sido dados por vuestros padres, pero, llegado el momento de vuestros 14 años, podréis poneros el que queráis. Para eso, es importante que sepáis de todo lo que hay en la naturaleza y así escoger el que mejor sintáis y que os defina, para que los demás, por vuestro nombre, sepan de vosotros. Cuando esto ocurra, yo, a través del Gran Espíritu, añadiré su atributo. Por ejemplo, tú te llamas Aguilucho y tu atributo es inquieto, y tú, Colibrí, tu atributo es azul. El atributo lo pone el sabio de la tribu, porque él lee las almas.

Los niños se quedaron encantados de poder elegir su nuevo nombre más adelante y curiosos por cuál sería su nuevo atributo, pero, como cualquier niño, se olvidaron

rápido de ello, llamados otra vez por la solemnidad del momento.

—Hoy solo nos quedaremos callados y recibiremos la paz del Gran Espíritu para que nos guíe a vuestra manera de entender las cosas y yo pueda enseñaros las facultades, los poderes, pero, sobre todo, el gran servicio que nos dan los animales y los demás seres vivos, y de cómo alimentan nuestra memoria para que no nos olvidemos de quiénes somos y de lo que somos capaces.

»Porque a veces los humanos nos perdemos en nuestra cabeza y olvidamos las cosas importantes o las que no se ven a primera vista, que suelen ser las mismas. Pero nuestros sentidos las registran igualmente, y así todo lo que vivimos, lo que olemos, lo que vemos, lo que oímos, lo que tocamos y lo que probamos a través del gusto conecta con nuestro interior, nos informa y recuerda miles de cosas, aunque no nos damos cuenta.

Empezó a cantar bajito; sin ni siquiera pensarlo, los niños cerraron los ojos y se dejaron mecer por el susurro, hasta que, poco a poco, se detuvo. Después de eso, con una señal de la mano les dijo que se fueran. Se fueron corriendo cogidos de la mano. No había sido para tanto y saltaban contentos; se sentían muy tranquilos, liberados de sus nervios y grandes, muy grandes. Habían superado la primera prueba.

Cada uno volvió a su tipi. Cuando llegó la velada, los adultos les preguntaron qué tal había ido con el chamán. Aguilucho Inquieto contestó que quería cambiarse el nombre ya, a lo cual los adultos se rieron, porque su nombre aún le representaba bien. Y Colibrí Azul se quedó pensativa y dijo que le apetecía mucho saber de los animales, las plantas y las piedras.

Los adultos les contaron que el chamán sabía mucho de todo esto y no solo de donde ellos vivían viajando, sino que además viajaba en los sueños y conocía otros lugares lejanos y muy diferentes. Otros continentes con animales, plantas y piedras que no conocían. Colibrí Azul tardó un poco esa noche en dormirse, preguntándose si el chamán

les contaría estas cosas, mientras que Aguilucho Inquieto se había dormido, agotado por todas las emociones del día.

Cuando ya era el mismo ahora del día anterior, los dos se presentaron ante el chamán. Lo encontraron de pie frente a su tipi. Verlo así era impresionante. Era grande, alto y fuerte, y les habían dicho que se llamaba Águila en Pie. Venía de una familia de grandes jefes; cuando los jefes también eran chamanes. Pero cuando empezaron las guerras entre tribus, tuvo que haber dos: el jefe guerrero y el jefe sanador, para que hubiera uno de repuesto si alguno fallecía, y él eligió sanar y saber de la naturaleza. Aun así, parecía un gran guerrero. Y los niños preferían estar con él sentado que en pie, porque era impresionante, y tener que aguantar su mirada. La mirada de un águila. Aguilucho empezó a estar menos inquieto y a querer parecerse a él. Pero nadie es igual a nadie. Cada ser humano es totalmente diferente a otro. «¿También lo serían los animales, las plantas y las piedras?», pensó Colibrí Azul.

Águila en Pie se sentó y, con la palma de la mano hacia abajo, les mandó sentarse. Así como una primavera recién nacida empezó su enseñanza, aunque el otoño ya avanzaba, ellos se sentían renacer.

Soltó un puñado de hojas de salvia en el fuego y empezó su canto sagrado muy bajito. Enseguida los niños se sintieron más relajados y despejados por el olor.

—Empezaremos por los animales —les dijo—. Los animales que conocemos y que hemos visto alguna vez. Si en algún momento el animal del que vamos a hablar no lo habéis visto aún, haremos algo para que podáis verlo. Iremos a lo profundo del bosque si este animal vive por aquí, y podréis sentirlo o verlo en sueños, como yo mismo supe de él.

Aguilucho Inquieto se sobrecogió un poco e intentó mirar discretamente a Colibrí Azul para ver si ella también se había asustado. Pero a Colibrí Azul le brillaban los ojos como nunca. Ni rastro de miedo.

—Cada uno, como todos los niños de la tribu, tiene su atrapasueños y lo ha visto desde que nació. Y quién sabe si

también, en el vientre de su madre, su espíritu vio cómo ella lo iba hilando. Pues esa ciencia y esa magia fueron recordadas hace mucho tiempo a nuestros antepasados por la Dama Araña. Por eso quiero empezar por ella.

Tanto Aguilucho como Colibrí hicieron una pequeña mueca, que no pasó desapercibida para Águila en Pie, quien sonrió sin que casi se le notara.

—Muchas veces conocemos poco y mal la naturaleza. Las personas quedan muy impresionadas por algunos animales, porque los temen, lo que les impide ver el mensaje que les traen. Pueden haber tenido algún encuentro con ellos desagradable en el que han sido dañados. Nada es azar. Debían de recordar algo que el miedo no les dejó ver.

»Pero no hace mucho, vuestros abuelos mismos nunca hubieran pensado que un animal pudiera ser negativo o malo; simplemente, un animal cumple con su misión. No es ni bueno ni malo, solo es él.

»Por eso, es importante recordar cuál es la misión de los animales. Cada ser, en este planeta y seguro que en los demás planetas también, como en todo el universo, cumple una misión solo con nacer.

»Los soles, los planetas, las estrellas, los seres humanos, los animales, los insectos, las plantas, los minerales, pero también los seres de mundos más pequeños, como los órganos de nuestro cuerpo o todos los seres aún más pequeños, como los que viajan por nuestra sangre y aún más pequeños que no logramos ver. Todos los seres del reino invisible a nuestros ojos: no por pequeños, sino porque están en otros mundos. Y la verdad es que no necesitamos verlos para tener nuestra propia vida; si no, sería demasiado.

»Imaginaos que tuviéramos que ver todo eso a la vez; no podríamos hacer nada: nos quedaríamos completamente hipnotizados, ante tantos seres y tanta información. Aunque alguna que otra vez necesitemos conversar con ellos por alguna razón, para eso tampoco es necesario

verlos, al igual que con nuestros amigos o seres queridos que se han ido.

»Habéis entendido lo infinito que hay y está en todo; nada ni nadie tiene límites, hay vida en cada rincón, que se vea o no, y lo grande es igual en lo pequeño. Y lo pequeño es igual en lo grande.

Aguilucho Inquieto se removió un poco. Colibrí Azul, que sentía cómo su corazón se había llenado de calor, asintió con la cabeza.

—No se puede entender el infinito —dijo el chamán mirando a Aguilucho—. Es normal que te sientas inquieto; lo contrario sería muy raro, porque entonces ya no sería infinito ni tú llevarías ese nombre —y se rio. Una risa suave y profunda a la vez, y los tres acabaron riendo hasta las lágrimas.

Por fin, los tres se sentían cómodos y ya no resultaba tan extraño estar allí, alrededor del fuego, charlando. Cuando por fin se calmaron, Águila en Pie sonreía abiertamente y le tendió a cada uno un trozo de madera de regaliz para chupar. Se sintieron felices con el trozo de madera en la boca, sus estómagos se calmaron lentamente.

—Antes de hablaros de la misión de la Dama Araña, primero quiero contaros la misión de todos los animales en general.

»Hubo un tiempo en el que todos los seres y su memoria eran uno y la cuidaban, como a la misma Gran Madre del Gran Espíritu que estaba en ellos y en Todo.

»Vivían en paz, porque cada cosa que les sucedía y no les gustaba la ponían como un deber por resolver y la explicaban a la tribu. Lo meditaban cada uno durante el tiempo necesario para retomar el tema y, todos juntos, brindar soluciones. Enseguida se ponían en marcha para reparar lo que había roto la tranquilidad de sus vidas. Cualquier persona aportaba su experiencia, acompañada de la de todos sus antepasados que recordaban perfectamente; así, siempre acababan sabiendo lo que tenían que hacer. Y seguían con sus vidas de nuevo en paz.

»Es decir, no dejaban que las cosas se acumularan en sus cabezas y, sobre todo, en sus corazones, para que no les robaran poco a poco la energía de sus vidas y su paz. Se ocupaban de ellas hasta resolverlas, para que no dañaran sus existencias por más tiempo de lo necesario, sin que se dieran cuenta. Entonces las ponían de nuevo limpias en el corazón, dejando otra vez sus cabezas en vacío. No ol-vidaban, las solucionaban. El ol-vido que es poner fuera de la vida ciertas cosas, era considerado como algo muy grave, una mentira. Aunque les pasaran cosas dolorosas que no entendían, no se permitían olvidarlas, sino sanarlas. Amaban y respetaban profundamente los deseos de la vida y sabían que la vida tenía un mensaje para ellos en lo ocurrido. Jamás hubieran pensado que la vida los quería mal, sino que ellos aún no entendían… Sabían que nada escapa a la vida. Nada era por nada. Todo era por algo. Y era una ofensa que alguien pudiera creer tal cosa. Nada ni nadie podía situarse fuera de la vida. La vida lo era todo y por algo ocurrían las cosas. Mirar para otro lado era una falta de respeto. Pues era la vida hablando…

Colibrí Azul asentía despacio con la cabeza. Aguilucho Inquieto poco a poco se había hecho más pequeñito.

—A eso lo llamaron recordar —siguió Águila en Pie—. Re–cor–dar. Volver a poner en el corazón. Si una persona no recordaba, otra sí, y así todo se solucionaba al compartirlo. Así, cada persona seguía atesorando más memoria y cada vida tenía la misión de ser una memoria viva de todo lo que vivía. Ellos lo sabían; así lo amaban y cultivaban.

»Pero un día la gran noche llegó a nuestro planeta. Una noche que duraría 26.000 años y, aunque pareciera de día, todos nos dormimos, al menos aquí en la Tierra.

»Y quedamos por mucho tiempo en un sueño, un sueño con los ojos abiertos. Entonces creamos una forma de vida distinta, en la que nos acomodamos los unos a los otros y a lo poco que recordábamos, hablando y creyendo unas u otras cosas, inseguros de lo que es real o no, olvidando nuestra sabiduría en este sueño profundo, hasta que volviera el gran día de la Tierra.

»Y la confusión abarcó todo. Y es que cuando se dicen las cosas a alguien que las dice a otra, esta otra a otra, sin recordar realmente los significados profundos de lo que se habla y así sucesivamente, ya queda poco de la verdad del principio.

»Pero antes de eso, los sabios del planeta, guiados por las estrellas, sabían lo que iba a pasar y organizaron una gran reunión de todos los seres, antes de que cayeran en la oscuridad de la gran noche.

»Para las personas, el día y la noche son de su tamaño y duran unas horas cada uno. Para un planeta, también depende de su tamaño y dura miles de días y noches de las personas.

»Todos los seres, al saber que se iban a dormir, se presentaron a la gran reunión para acordar, que es poner cada uno en su corazón una misma idea o un plan, lo mejor que podían hacer. La reunión trató de cómo harían durante ese gran sueño que estaba a punto de comenzar y de qué era posible hacer para no perderse del todo en esa noche tan larga. Necesitaban pistas y recordatorios por todas partes.

»Se organizó un gran encuentro como nunca antes. Todos los reinos —el mineral, el vegetal, el animal, el humano y el de los seres humanos— acudieron a la reunión. Los seres humanos, los espíritus de los animales, los espíritus de las plantas y de los minerales acordaron que harían cada cual lo suyo para preservar la memoria y guiarse mutuamente hasta el gran día, por mucho que el sueño fuera profundo y proteger así la memoria, la sabiduría de los seres vivos.

»El gran sueño era más preocupante para las personas, porque pensaban y no siempre respondían a la llamada de la naturaleza. Y por eso se dormirían más profundamente y era mucho más fácil que se perdieran.

»Entre los demás seres, la comunicación siempre había sido telepática por naturaleza, sin necesidad de pensar, pero para las personas no, porque ellas, además, podían

crear, imaginar, tener magia y cierta independencia. Pero ¿qué harían sin magia ni telepatía?

»Hubo por primera vez pre-ocupación, es decir, ocuparse antes de tiempo y mirar posibles futuros, cuando ellos hasta el momento solo vivían el presente. Después de muchos días deliberando y meditando cada uno por su cuenta, al fin se reunieron de nuevo, porque habían encontrado la solución.

»El resultado fue un gran pacto, un plan para que todos los demás seres de la naturaleza ayudaran a las personas y les sirvieran de recordatorio. Al olvidarse de todo, poco a poco no se darían cuenta de esa ayuda, pero lo importante era que lograran llegar al gran día de alguna manera, sin perderse completamente en sus miedos, aunque todo pareciera oscuro y sinsentido.

»Todos los demás seres serían una memoria externa con sus ejemplos y sus maneras de hacer. Serían cada uno una pista para ayudar a que las personas recordaran sus atributos, sus facultades, la magia que tenían dentro y todo lo que eran capaces, porque una persona es todo lo que hay en la naturaleza. Una persona la componen todos los animales, las plantas, las piedras, además de ser un humano, y aunque no lo recordara, aunque no lo pensara, aunque no viera nada, ellos no dejarían de ser ejemplos que, de alguna manera, harían que no se olvidara del todo de lo infinita que es cuando los viera.

»Entonces, los sabios más ancianos del círculo de los 13 se levantaron y dieron las gracias a todos los seres por su presencia, expresando su profundo agradecimiento por lo que tendrían que vivir, debido al olvido de las personas hacia ellos. Prometieron que ellos usarían su sabiduría y que recurrirían a su magia personal haciendo por no olvidarse ellos 13 de la memoria ancestral en la medida de lo posible, pasara lo que pasara en esos 26.000 años. Existencia tras existencia, vivirían para ello incondicionalmente.

»Y aunque sus hermanos, como a los animales, los maltratarían en el futuro por ser distintos, harían todo lo

posible por mantener viva la memoria hasta el gran día. Guardarían como un tesoro el amor brindado por todos los seres, desde siempre y hasta el fin del gran sueño. Felicitaron a todas las personas que irremediablemente se dormirían, pidiéndoles que no se preocuparan por lo que pasaría, por lo que harían, por los miedos que pasarían, solo sería un sueño. Un sueño largo, pero un sueño. Que la memoria no moriría, solo estaría como hibernando hasta el nuevo sol. Lo llamaron el Quinto Sol.

»A sabiendas de que iban a dormirse, sin más que hacer, se saludaron todos, así como al sol y a las estrellas, y se encomendaron a su gran madre, la Tierra, y al Gran Espíritu, mientras los 13 ancianos se preparaban para irse a 13 lugares distintos del planeta y llevar la memoria a lo máximo de personas en lo máximo de direcciones.

Águila en Pie se quedó en silencio un rato, conmovido. Antes de volver a tomar la palabra, respiró profundamente.

—Nosotros, aquí y en este ahora, el sueño es aún manejable para alguno de nosotros —dijo Águila en Pie—, pero a medida que pase el tiempo y nos alejemos de la naturaleza, la noche del olvido acabará por poseerlo todo. Por eso es importante mantener vivo el recuerdo, de cómo el amor a los animales y los ejemplos que ellos son, así como el amor que ellos y la vida nos tienen, nos salva. Recordad también que solo es cuestión de tiempo que volvamos a vivir de verdad de día. En un año que se llamará 2012. Y aunque despertar del todo tardará bastante más, el Día de la Tierra habrá renacido.

Acerca de la autora

Cristina Aurora es investigadora, Médica del alma y creadora del proceso vital de BioAlineación–El parto del Alma.

Dedicada desde hace décadas a la divulgación de la sabiduría ancestral, la alquimia, el chamanismo y el crecimiento personal, acompaña a las personas en sus procesos de transformación e integración profunda.

A través de sus escritos y labor terapéutica, busca recordar la conexión sagrada que une al ser humano con la naturaleza y el todo, ofreciendo herramientas para despertar la consciencia y reencontrarse con la paz y la belleza del orden universal.

Puedes conocer más sobre su trabajo y sus proyectos en *cristinaaurora.es*